

Premios Ig Nobel

El 2 de octubre, como cada año, la revista *Annals of Improbable Research*, publicación humorística que parodia la ciencia, entregó los codiciados Premios Ig Nobel en el Teatro Sanders de la Universidad de Harvard, Estados Unidos. Estos premios se entregan a investigaciones serias que, por su tema o sus implicaciones, "primero hacen reír y luego pensar", como dicen los organizadores. No hay mejor explicación de este principio que enumerar a los galardonados este año y sus contribuciones a la ciencia:



Nutrición. Maximiliano Zampini, de la Universidad de Trento, Italia, y Charles Spence, de la Universidad de Oxford, Inglaterra, por modificar electrónicamente el sonido que hace una papa frita al momento de morderla, para que así quien la mastica tenga la sensación de que es más fresca y crujiente de lo que realmente es.

Arqueología. Astolfo G. Mello Araujo y José Carlos Marcelino, de la Universidad de Sao Paulo, Brasil, por su investigación sobre el papel que han desempeñado los armadillos en el desplazamiento de materiales en sitios arqueológicos.



Biología. Marie-Christine Cadiergues, Christel Joubert y Michel Franc, de la Escuela Nacional Veterinaria de Toulouse, Francia, por descubrir que las pulgas de los perros saltan más alto que las de los gatos.

Química. Este premio se dividió entre dos equipos de investigadores. El primero demostró que la *Coca-cola* es eficaz como expectorante. El segundo demostró que no es cierto.



Economía. Geoffrey Miller, Joshua Tybur y Brent Jordan, de la Universidad de Nuevo México, Estados Unidos, por descubrir que las bailarinas de *strip tease* obtienen mejores propinas cuando están ovulando.

Cabe señalar que el creador de los premios Ig Nobel, Marc Abrahams, visitará nuestro país para impartir una conferencia en el marco del XVI Congreso de Divulgación de la Ciencia y la Técnica, a celebrarse del 10 al 14 de noviembre en la Universidad Autónoma de Nayarit.

Ética científica

¿Qué es bueno y qué es malo en ciencia?

Hay quien piensa que los juicios de valor de este tipo no tienen lugar en una disciplina cuyo único objetivo es producir conocimiento acerca de la naturaleza, de la manera más rigurosa y objetiva posible. La ciencia se basa en evidencia, razonamiento lógico y verificación de hipótesis. Y las hipótesis pueden ser correctas o erróneas, pero no buenas ni malas.

Y sin embargo, la ética tiene un lugar indispensable en ciencia.

La ética científica se divide en dos grandes áreas: la interna y la externa. La interna es la ética necesaria para el funcionamiento mismo de la ciencia. Consta de reglas no escritas, pero bien reconocidas y aceptadas por la comunidad científica, que ningún científico puede violar sin arriesgarse a perder el derecho a ser considerado parte de dicha comunidad.

Una de ellas es la que prohíbe cometer fraudes. Cuando un científico reporta una observación o un dato obtenido en un experimento, se da por supuesto que no miente. La ciencia es una labor comunitaria, de equipo, y no sería posible si no se confiara en la palabra de los colegas. Pero si alguien llega a mentir, existen mecanismos de control, como las detalladas bitácoras o cuadernos de laboratorio en que los investigadores científicos registran todos sus datos y procedimientos, y que pueden ser consultadas para verificar la validez de los mismos.

La ética interna de la ciencia también incluye reglas relacionadas con el crédito de los descubrimientos, como la que prohíbe apropiarse del trabajo de los colegas, o la que obliga a reconocer las aportaciones de otros en una investigación.

Por su parte, la ética externa de la ciencia es la que se relaciona con los efectos de ésta en la sociedad o el ambiente. Incluye reglas como la que impide experimentar con humanos, o la que exige reducir al mínimo el sufrimiento de los animales de laboratorio o los daños que se causen a un ecosistema al estudiarlo.

Todo científico acepta valores como la prohibición de matar seres humanos, o el de evitar causar daños o destrucción a personas, seres vivos o al ambiente. No todos cumplen estas reglas, claro: la gran cantidad de científicos y tecnólogos que trabajan en todo el mundo desarrollando armas lo prueba. A pesar de su importancia, la ética científica no es inviolable.

Y es que, a fin de cuentas, la ciencia es sólo una actividad humana más, con todos los defectos y virtudes que esto conlleva.